



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Semana del 14 al 20 de julio de 2019. Domingo XV del Tiempo Ordinario

«Cúmpelo»

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Deuteronomio 30,10-14: El mandamiento está muy cerca de ti; cúmpelo

Salmo: Salmo responsorial: 68: Humildes, buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón.

2ª Lectura: Colosenses 1,15-20: Todo fue creado por él y para él

Evangelio: Lucas 10,25-37: ¿Quién es mi prójimo?

Monición: El Señor nos sigue hablando de nuestra misión y de nuestra vocación, con una clave que resulta muy importante para ayudarnos a reflexionar y a pasar de la “religiosidad” a la “espiritualidad”, de la superficialidad de los ritos a la profundidad de la conciencia; de un catolicismo de formas, a un cristianismo de fondo, es decir, DE CORAZÓN, porque en el corazón se anidan nuestras futuras acciones...

La Ley de Dios no es un conjunto de preceptos externos, sino que se enraíza en nuestro corazón, por lo tanto, no es imposible de practicar. Dios no pide al hombre lo imposible, ni le niega su ayuda a quien se la pide (primera lectura). Por su clemencia, Dios escucha al que lo invoca de corazón (Salmo 68). Si toda la Creación tiene su fundamento en Cristo (segunda lectura), ¿por qué Cristo no está en el centro de todos los corazones? No agradaremos más a Dios por la práctica de áridos preceptos, sino por una actitud constante de conversión, de humildad, y un continuo darle la primacía, por sobre todas las cosas, en nuestra vida. Todos queremos saber cómo ganar la vida eterna, Jesús nos dice ahora cómo. Nos ponemos de pie y escuchemos con atención esta lectura.

Del Santo Evangelio según San Lucas (Lc 10,25-37) +++ Gloria a ti, Señor

Un maestro de la Ley, que quería ponerlo a prueba, se levantó y le dijo: “Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?” Jesús le dijo: “¿Qué está escrito en la Escritura? ¿Qué lees en ella?” El hombre contestó: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y amarás a tu prójimo como a ti mismo.” Jesús le dijo: “¡Excelente respuesta! Haz eso y vivirás.” El otro, que quería justificar su pregunta, replicó: “¿Y quién es mi prójimo?” Jesús empezó a decir: “Bajaba un hombre por el camino de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos bandidos, que lo despojaron hasta de sus ropas, lo golpearon y se marcharon dejándolo medio muerto. Por casualidad bajaba por ese camino un sacerdote; lo vio, tomó el otro lado y siguió. Lo mismo hizo un levita que llegó a ese lugar: lo vio, tomó el otro lado y pasó de largo. Un samaritano también pasó por aquel camino y lo vio; pero éste se compadeció de él. Se acercó, curó sus heridas con aceite y vino y se las vendó; después lo montó sobre el animal que él traía, lo condujo a una posada y se encargó de cuidarlo. Al día siguiente sacó dos monedas y se las dio al posadero diciéndole: ‘Cúidalo, y si gastas más, yo te lo pagaré a mi vuelta.’” Jesús entonces le preguntó: “Según tu parecer, ¿cuál de estos tres fue el prójimo del hombre que cayó en manos de los salteadores?” El maestro de la Ley contestó: “El que se mostró compasivo con él.” Y Jesús le dijo: “Vete y haz tú lo mismo.”

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

Aunque no se note a primera vista, el Evangelio de hoy está muy próximo al de los dos domingos anteriores en cuanto al mensaje que transmite su contenido. Veamos por qué...

Recordemos que el Evangelio de hace dos semanas, nos hablaba de los tres “candidatos a discípulos”, que finalmente se alejan del Señor; el de la semana anterior, nos contaba el envío de los 72 discípulos a la misión, y ahora este nos trae la “parábola del buen samaritano” ... A pesar de tocar tres asuntos diferentes, hay un hilo conductor entre los tres pasajes evangélicos, y es la respuesta a la pregunta vital que todos los creyentes nos hacemos, en más de una ocasión, en nuestras vidas: “¿**Qué debemos hacer, para alcanzar la vida eterna...?**”

En realidad, los Evangelios de los tres últimos domingos, están destinados a hacernos meditar sobre nuestra VOCACIÓN (sobre la llamada que nos hace Dios para que hagamos Su Voluntad en nuestras vidas), y sobre el modo en que estamos respondiendo a esa llamada. Analicémoslo:



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Hace dos semanas, el seguimiento de Cristo parecía algo inalcanzable. En efecto, los tres que deseaban seguirle, reciben estas respuestas:

- "...*El Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza*" (y quien lo sigue, es obvio que tampoco tendrá dónde hacerlo)
 - "...*Deja que los muertos entierren a sus muertos*" (es decir: lánzate a predicar el Evangelio y no estés mirando para los costados, ni comparándote con los demás; más aún: no te distraigas, ni siquiera, con tus seres queridos).
 - Finalmente, la sentencia clara: "...*El que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, no es digno del Reino de Dios.*" (Esto es casi como decir: Una vez que te decidas por el Señor, ya no tienes vuelta atrás...)
- Las tres cosas, suenan bastante duras, ¿verdad? Como que no son argumentos muy "recomendables", para cuando quieras mover a que la gente se decida a seguir al Señor...

La semana pasada, leíamos algunos requisitos para cumplir con la misión de la Iglesia, representada simbólicamente en los 72 discípulos misioneros. La recomendación era: "*No busquen seguridades terrenas, despójense de lo humano, confíen en la Providencia de Dios y vayan a hacer el bien y a anunciar el Reino...*" Tampoco está muy fácil conseguir seguidores con esas consignas, ¿verdad?

Hoy vemos a un maestro de la Ley, que queriendo poner a prueba al Señor, le pregunta de frente y sin vueltas, en concreto, qué es lo que hay que hacer para salvarse, y leemos a Jesús que le responde con dos preguntas: "*¿Qué está escrito en la Escritura? ¿Qué lees en ella?*" Esto es como decirle: "*la cosa está bien clara, no me digas que tú, sabiendo todo lo que sabes, no entiendes lo que debes hacer...*"

En síntesis, el maestro de la Ley le contesta que, lo que hay que hacer, es "*Amar a Dios, sobre todas las cosas, y al prójimo como a uno mismo.*" Y Jesús aprueba esa contestación diciéndole: "*¡Excelente respuesta! Haz eso y vivirás.*"

Dentro de todo, podríamos pensar que, entre los tres pasajes leídos a lo largo de las tres últimas semanas, los requisitos se fueron "suavizando", ¿no es así? Es decir... desde no poder ir ni a despedirse de los padres, por seguir a Cristo, hasta "simplemente" amar a Dios y al prójimo, la cosa parece ir poniéndose más light ¿o no...? Pero la parábola del buen samaritano, que Jesús narra ante la insistencia de su interlocutor, nos vuelve a meter en un problema, mostrándonos que las cosas son un poquito menos fáciles de lo que aparentan. ¿Por qué...?

Martin Luther King, humanista y político estadounidense, explicaba la Parábola del Buen Samaritano con estas palabras: "*Yo me imagino que, en el camino de Jericó, la pregunta que se hicieron a sí mismos el sacerdote y el levita fue: 'si me paro a ayudar a este hombre herido por los ladrones, ¿qué me ocurrirá?', y pasaron de largo. Pero el buen samaritano cambió la pregunta: 'Si no me paro para ayudar a este hombre, ¿qué será de él?' El buen samaritano se empeñó en un altruismo peligroso; arriesgó la vida para salvar a un hermano. 'Anda, ve y haz tú lo mismo' –concluyó Cristo.*"

Esto de que el samaritano arriesgara su vida al detenerse para ayudar al judío atacado, es algo que no siempre se considera, pero es así, puesto que muy bien podrían haber andado cerca los ladrones que le habían hecho daño, y en consecuencia, también podrían atacarle a él al detenerse...

Por otra parte, como bien sabremos ya, a estas alturas, los samaritanos y los judíos no se querían para nada, y en esta parábola vemos que, el único que socorre al judío que había sido asaltado, es precisamente un samaritano. ¡Eso era ser prójimo!

Esto guarda relación con lo que había dicho el Señor a sus discípulos en otra ocasión (**Lc 6,32-36**): "*...si ustedes aman a los que los aman, ¿qué mérito tienen? Hasta los malos aman a los que los aman. Y si el hacen bien a los que les hacen bien, ¿qué gracia tiene? También los pecadores obran así. Y si prestan algo a*



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

los que les pueden retribuir, ¿qué gracia tiene? También los pecadores prestan a pecadores, para que éstos correspondan con algo.

Amen a sus enemigos, hagan el bien y presten sin esperar nada a cambio. Entonces la recompensa de ustedes será grande y serán hijos del Altísimo, que es bueno con los ingratos y los pecadores. Sean compasivos, como es compasivo el Padre de ustedes.” Palabra del Señor.... (Gloria a Ti, Señor Jesús)

El mensaje queda más claro todavía en el Evangelio de hoy, porque vemos que el primer hombre, que había pasado indiferente ante el dolor del asaltado, era un sacerdote, y el segundo un levita. Esto tiene relevancia especial, pues, así como los sacerdotes debían dar el ejemplo de solidaridad, por vivir al servicio de Dios, los levitas no podían quedarse atrás en bondad, dado que eran los encargados de custodiar el Templo...

Lo que viene a decirnos entonces, Jesús, es que la religiosidad superficial, basada en las formas, en los ritos y en las meras prácticas piadosas, no es suficiente para salvarse, pues lo que de verdad nos salvará es el AMOR que efectivamente demos a los demás, ya que, como bien dice San Juan, *“el que no ama a su hermano, al que ve, no puede amar a Dios, al que no ve.”* (1ª de Jn 4,20).

Así pues, el camino para llegar al Cielo consiste en amar, y amar mucho a los demás; por eso la Iglesia insiste, con la ternura de una madre, preocupada por el bien de sus hijos, en recordarnos las obras de misericordia espiritual y corporal, como una vía segura hacia la vida eterna. Por eso y para eso, el Papa Proclamó este Año Jubilar...

Por eso también, desde nuestro Apostolado, insistimos a los hermanos en que no se conformen sólo con asistir semanalmente a su “casita”, sino que deben, en oración, discernir su vocación, conocer el lugar específico al que Dios les llama a servir, para integrarse con prontitud a nuestros Ministerios de Servicio, desde donde se llevan a cabo estas obras de misericordia.

Puesto que nuestra VOCACIÓN FUNDAMENTAL es la práctica efectiva del amor, y dado que en muchos lugares del hemisferio Norte ya comienzan las vacaciones (y que en varios casos éstas se extienden o incluyen también a la labor de Apostolado), terminamos esta catequesis exhortando a los hermanos a practicar en estos días al menos algunas de esas Obras de Misericordia que recomienda la Iglesia, aunque estén de vacaciones... De perdido, rezar por vivos y difuntos, aconsejar a quien lo necesita, corregir al que está equivocado, etcétera...

Un último punto por tratar, en relación con esto, es el tema de los pecados de “falta de caridad”; tema que, por sí solo, nos daría mucho qué decir en varias páginas...

Como ya lo sabemos, pecar contra siete de los diez Mandamientos de la Ley de Dios dictada a Moisés (del cuarto al décimo mandamiento, para ser exactos) es pecar de falta de Caridad con el prójimo, ya que los tres primeros están referidos a nuestro amor a Dios; pero aunque no haya un mandamiento explícito que diga “no hablarás mal de tu prójimo”, el Señor nos enseñó en múltiples ocasiones que debemos cuidarnos de hacerlo, como cuando dijo “no juzguen y no serán juzgados” (Mt 7,1)

Hablar mal de alguien es directamente una forma de “matarle”, porque al hacerlo se está destruyendo su buen nombre, se le está despedazando moralmente y en ciertos casos, se le está quitando la posibilidad de hacerse amar de los demás. Aprendamos pues a atar bien nuestra lengua, lo que por supuesto, cuesta, pero bien vale la pena.

El Santo Padre, Francisco, nos recomendaba hace algunos años, en una homilía, que cuidemos mucho nuestros comentarios acerca de los demás: *“No hay necesidad de ir a un psicólogo para saber que, cuando se denigra al otro, es porque uno mismo no puede crecer, y necesita que el otro sea abajado, para poder sentirse alguien.”* Luego agregó que *“si uno no es capaz de dominar la lengua, se pierde (y así) la agresividad natural,*



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

la que tuvo Caín con Abel, se repite a lo largo de la historia..." (Homilía del Papa pronunciada en español, en la casa Santa Marta, Roma, 13 de junio de 2013).

También en una catequesis de 2017, sobre la caridad, el Papa decía: *"La hipocresía puede introducirse en todas partes, también en nuestro modo de amar. Esto se verifica cuando nuestro amor es un amor interesado, motivado por intereses personales; ¡y cuantos amores interesados existen...! Cuando los servicios caritativos en los cuales parece que nos donamos, son realizados para mostrarnos a nosotros mismos o para sentirnos satisfechos: 'pero ¡qué bueno que soy!', ¿no?: esto es hipocresía; o aún más, cuando buscamos cosas que tienen 'visibilidad' para hacer alarde de nuestra inteligencia o de nuestras capacidades.*

Detrás de todo esto existe una idea falsa, engañosa, es decir que, si amamos, es porque nosotros somos buenos; como si la caridad fuera una creación del hombre, un producto de nuestro corazón. La caridad, en cambio, es sobre todo una gracia, un regalo; poder amar es un don de Dios, y debemos pedirlo. Y Él lo da gustoso, si nosotros se lo pedimos. La caridad es una gracia: no consiste en el hacer ver lo que nosotros somos, sino en aquello que el Señor nos dona y que nosotros libremente acogemos; y no se puede expresar en el encuentro con los demás si antes no es generada en el encuentro con el rostro humilde y misericordioso de Jesús.

Pablo nos invita a reconocer que somos pecadores, y que también nuestro modo de amar está marcado por el pecado. Al mismo tiempo, sin embargo, se hace mensajero de un anuncio nuevo, un anuncio de esperanza: el Señor abre ante nosotros una vía de liberación, una vía de salvación. Es la posibilidad de vivir también nosotros el gran mandamiento del amor, de convertirnos en instrumentos de la caridad de Dios. Y esto sucede cuando nos dejamos sanar y renovar el corazón por Cristo resucitado. El Señor resucitado que vive entre nosotros, que vive con nosotros es capaz de sanar nuestro corazón: lo hace, si nosotros lo pedimos." (Francisco, Roma, audiencia pública del 15 de marzo de 2017) Pidámosle pues al buen Dios que los Apóstoles de la Nueva Evangelización seamos cada día más auténticos en la caridad y más comprometidos en la edificación del Reino. ¡Que así sea!

3.- Preguntas para orientar la reflexión:

- a) ¿Qué tendré que hacer yo, para alcanzar la vida eterna? ¿Qué es lo que el Señor me está pidiendo que yo haga? ¿En qué medida lo estoy haciendo?
- b) ¿Me esfuerzo yo por hacer el bien a los demás, aunque eso pudiese costarme mucho? ¿Trato de hacer el bien, aún a quienes no conozco, a quienes me disgustan o a los que me hacen el mal?
- c) ¿Qué podría **hacer** para que mis seres queridos comprendan lo que Jesús quiso enseñarnos con esta parábola?
- d) ¿Participo activamente en alguna obra de misericordia (Ministerio de Servicio) del Apostolado? ¿Cuál es la calidad de mi participación?
- e) Con la mano en el pecho: ¿cuánto del bien que hago, lo hago para buscar aplausos, para sacar algún tipo de beneficio personal, o para sentirme mejor conmigo mismo?

4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento, se concede la palabra a los participantes de la Casita para que expresen sus opiniones. Se buscará la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo de la Iglesia Católica: Cánones 2052-2082, 2196
2052 "Maestro, ¿qué he de hacer yo de bueno para conseguir la vida eterna?" Al joven que le hace esta pregunta, Jesús responde primero invocando la necesidad de reconocer a Dios como "el único Bueno", como el Bien por excelencia y como la fuente de todo bien. Luego Jesús le declara: "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos". Y cita a su interlocutor los preceptos que se refieren al amor del prójimo: "No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás testimonio falso, honra a tu padre y a tu madre". Finalmente, Jesús resume estos mandamientos de una manera positiva: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mt 19,16-19).



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

2053 A esta primera respuesta se añade una segunda: "Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme". Esta respuesta no anula la primera. El seguimiento de Jesucristo implica cumplir los mandamientos. La Ley no es abolida, sino que el hombre es invitado a encontrarla en la Persona de su Maestro, que es quien le da la plenitud perfecta. En los tres evangelios sinópticos la llamada de Jesús, dirigida al joven rico, de seguirle en la obediencia del discípulo, y en la observancia de los preceptos, es relacionada con el llamamiento a la pobreza y a la castidad. Los consejos evangélicos son inseparables de los mandamientos.

2054 Jesús recogió los diez mandamientos, pero manifestó la fuerza del Espíritu operante ya en su letra. Predicó la "justicia que sobrepasa la de los escribas y fariseos", así como la de los paganos. Desarrolló todas las exigencias de los mandamientos: "habéis oído que se dijo a los antepasados: No matarás... Pues yo os digo: Todo aquel que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal" (Mt 5, 21-22).

2055 Cuando le hacen la pregunta: "¿cuál es el mandamiento mayor de la Ley?", Jesús responde: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas". El Decálogo debe ser interpretado a la luz de este doble y único mandamiento de la caridad, plenitud de la Ley:

En efecto, lo de: No adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás y todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud (Rom 13,9-10).

2067 Los diez mandamientos enuncian las exigencias del amor de Dios y del prójimo. Los tres primeros se refieren más al amor de Dios y los otros siete más al amor del prójimo. Como la caridad comprende dos preceptos en los que el Señor condensa toda la ley y los profetas..., así los diez preceptos se dividen en dos tablas: tres están escritos en una tabla y siete en la otra (S. Agustín, serm. 33,2).

2069 El Decálogo forma un todo indisoluble. Cada una de las "diez palabras" remite a cada una de las demás y al conjunto; se condicionan recíprocamente. Las dos tablas se iluminan mutuamente; forman una unidad orgánica. Transgredir un mandamiento es quebrantar todos los otros (Cfr. Stgo. 2,10-11). No se puede honrar a otro sin bendecir a Dios su Creador. No se podría adorar a Dios sin amar a todos los hombres, que son sus creaturas. El Decálogo unifica la vida teológica y la vida social del hombre.

2074 Jesús dice: "Yo soy la vid; ustedes los sarmientos. El que permanece en mí como yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada". El fruto evocado en estas palabras es la santidad de una vida hecha fecunda por la unión con Cristo. Cuando creemos en Jesucristo, participamos en sus misterios y guardamos sus mandamientos, el Salvador mismo ama en nosotros a su Padre y a sus hermanos, nuestro Padre y nuestros hermanos. Su persona viene a ser, por obra del Espíritu, la norma viva e interior de nuestro obrar. "Este es el mandamiento mío: que se amen los unos a los otros como yo los he amado" (Jn 15,12).

2196 En respuesta a la pregunta que le hacen sobre cuál es el primero de los mandamientos, Jesús responde: "El primero es: 'Escucha Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor, y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas'. El segundo es: 'Amarás a tu prójimo como a ti mismo'. No existe otro mandamiento mayor que éstos" (Mc 12,29-31).

El apóstol S. Pablo lo recuerda: "El que ama al prójimo ha cumplido la ley. En efecto, lo de: no adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás y todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: amarás a tu prójimo como a ti mismo. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud." (Rom 13,8-10).

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

PC-119 El pecado de murmuración no es solamente cuando se quita la fama del prójimo, calumniándolo o exagerando una falta, sino también cuando se publica alguna falta cometida ocultamente. Es decir, revelando un secreto grave.

(...) ¿Con qué motivo repiten lo que han oído para hacerse de enemistades, y hacer nacer odios que serán fuente de pecados? Toda murmuración debe morir en tu pecho, encerrado en un lugar que no pueda salir de allí.

Otra falta terrible es el espíritu de contradicción, puesto que, sin necesidad y solamente movido por su espíritu malo, puede contradecir una persona lo que otros dicen, faltando así a la caridad. Es preferible no encapricharse sobre cosas que no interesan. No se obstinan en defenderlas. En este tipo de discusiones, es mejor ceder para conservar la paz; es mucho mejor tener paz que tener la razón.

Cuiden siempre de que sus palabras sean dictadas por la caridad, para que respeten así en lo posible los defectos de su hermano.

7.- Virtud del mes: Durante este mes de julio, practicamos la virtud de la **Fe** (Catecismo de la Iglesia Católica: 1666—2609—2690—2087—2088—2089)

Esta Semana veremos el canon 2609, que dice lo siguiente:

2609 Decidido así el corazón a convertirse, aprende a orar en la fe. La fe es una adhesión filial a Dios, más allá de lo que nosotros sentimos y comprendemos. Se ha hecho posible porque el Hijo amado nos abre el acceso al Padre. Puede pedirnos que “busquemos” y que “llamemos” porque Él es la puerta y el camino (Cfr. Mt 7,7-11.13-14).

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

CA 112 Este mundo quiere ver un Dios vivo, tiene hambre de Mí, pero el demonio les enseñó a ver todo en pantalla y hoy, ya no alimentan su fe en la oración, hoy las almas necesitan ver, palpar, participar. Deja que tus lágrimas sean bálsamo para Mi Corazón.

Yo les pido que no decaigan en el entusiasmo de sus obras.

Es duro el camino y muy duras son las pruebas, esto es cierto. Sin embargo, no alcanzan a imaginar siquiera la inigualable belleza de su recompensa. Y aún buena parte de ella, les daré en la vida terrena para animarlos.

8.- Propósitos Semanales:

Con el Evangelio: Empezando por mi casa, atenderé a todos con más amor y delicadeza, imitando a Jesús y al buen samaritano. De ahora en adelante me preguntaré con frecuencia: “¿quién es mi prójimo? ¿quién me está necesitando ahora?”

Con la virtud del mes: Pediré con insistencia al Señor que aumente mi fe, que aumente la fe de todos mis seres queridos, la de mis hermanos en el Apostolado y la de todos los católicos bautizados.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse brevemente a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o para la Iglesia en general.*